

## Ventanas

Elena ha cruzado el patio al amanecer y se ha refrescado el rostro con la pureza del agua de la fuentecilla. Luego ha regado el limonero y se ha acordado de su padre, que lo trasplantó en este alcorque de pulidos y esféricos guijarros. Ha triturado un tomate jugoso, muy colorado y fragante, y lo ha repartido sobre un mollete recién tostado que le deja harina en las yemas de los dedos. Le pone aceite y jamón y se lo toma de pie con su café con leche condensada. Desde la ventana de la cocina observa el incólume limonero del que salen trinos matutinos celebrando el nacimiento del día, la vida renovada e intacta. Siempre le gustó abandonar la cama temprano, la sensación de tener todo el día por delante y la soledad de este momento, que durará hasta que su Andrea se levante y con el tiempo justo se ponga guapa para ir a la zapatería.

No ha podido evitar que un radar la coja a ciento cuarenta bajando la cuesta de las Pedrizas. Pero en lugar de anunciar que casi se ha quedado sin frenos, Andrea permanece en silencio observando el paisaje del atardecer: las parcelas rectangulares de milenarias y rojizas tierras fértiles, los verdes tupidos, como de jardines de boda, en los que giran con una trayectoria de limpiaparabrisas los sistemas de riego aliviando la sed de una tierra que ya se enfrenta al despiadado estío andaluz.

—Vas muy ligera. ¿No decías que por aquí había un radar?

—Sí, Álvaro, pero es que esto no frena.

Es el Valle del Guadalquivir, tocado con delicadeza por una luz como editada que con lentitud proyecta largas sombras y da paso a un tibio anochecer de finales de junio. A su derecha, ven a ciento treinta el Peñón de los Enamorados, y poco más adelante pasan bajo un AVE que vuela hacia Granada. Enseguida, cambiando marchas y usando con prudencia el acelerador, Andrea se incorpora a la A-92. Diecisiete kilómetros más allá está su destino. Primera y retroceso y juego de volante. De ese modo aparca sin daños, dando solo un leve golpe a un Seat Ibiza detrás estacionado. Pocos años antes, Andrea solía relacionar hechos como este con una consecuencia inmediata. En esta ocasión no se ha atrevido a

aventurar qué estaba a punto de suceder, pero íntimamente ha estimado que lo de los frenos es una premonición, un discreto anuncio del que quizás se derive un desenlace con visos de tragedia. Lo lógico, ha pensado poco antes de llegar al pueblo, sería que ahora tuviésemos un accidente.

Por suerte nada ha ocurrido. ¿Queda entonces deshecho el esquema racional que une causa con efecto? Sí, pero si se hubiese visto en esta situación unos años atrás habríamos dicho que nada de eso, porque entonces para ella las cosas no funcionaban así. Si el accidente no se producía en breve, la falta de frenos del coche tendría su correlato, su funesta manifestación, en otro de los mil peligros que nos rodean y en cuyas constantes elusiones no reparamos.

A Álvaro ni palabra de estos, como él suele llamarlos, «cacaos mentales». No, hace tiempo que aprendió a controlar su discurrir de obsesiones, a guardar bajo llave esta suerte de pensamientos que van y vienen involuntarios y pululan por su cabeza como veloces motocicletas en circuitos sinuosos. A veces, claro, cuando la ve silenciosa, con rostro pensativo y como encerrada en sí misma, le pregunta dónde tiene el pensamiento, si ya está otra vez con sus amargas fantasías. En ocasiones, en efecto, alimenta lúgubres fantasías porque lo suyo nunca se arregló con un tienes que animarte y salir, relacionarte y distanciarte de los problemas del trabajo. Y tampoco con pastillas. La química diluía sus negros pensamientos, los moteaba de color, pero no acababan de extinguirse y el tono gris de sus dañinas elucubraciones permanecía siempre latente. Necesitaba algo que la ayudara a disipar el humo del incendio que había en su cabeza.

Ese algo fue el tiempo, y también la ayuda de doña Ángeles Rivero, la especialista que la ayudó a recuperarse, quien en una ocasión le había comentado que no era extraño propender a la negatividad, que eso era normal a poco que una fuera algo sensible en este mundo de hoy. Lo peligroso, le decía, viene cuando esa negatividad es destructiva y no te deja vivir. Son miles y miles las personas que, al tiempo que se han apartado durante largos ratos de su visión trágica de la existencia, se han aprovechado de ella pintando cuadros, componiendo música, escribiendo o construyendo cualquier cosa. Precisamente así lograban apartarse del peligro. No sugiero, seguía diciéndole, que usted se haga de la noche a la mañana

artista, solo que, si encuentra un tiempo disponible, haga algo que la absorba y la ayude a camuflar el nihilismo que la orbita.

Álvaro acaba de abrir la puerta de la casa donde Andrea sintió la primera punzada de nihilismo de su vida. Vuelve una vez más a estar aquí, pero esta vez, como las últimas en que regresó, creyendo que todo está superado y que es fuerte y ya nada la puede lastimar. Además, tiene bastante labor con la que entretenerse, pues la recomendación de la médica tomó en ella el cauce de la elaboración de complementos de moda, una actividad cuyos primeros pasos pudo dar recordando las cosas que le enseñó su tía Rosa, que siempre tuvo buena mano para la costura. Se aproxima la feria del pueblo y a través de Instagram ha recibido numerosos encargos, algunos de los cuales ya trae preparados. De muchacha no siempre se atrevió a salir con la ropa y los adornos que se fabricaba, pero ahora, chicas que irían a la guardería cuando ella ocultaba su verdadera forma de ser se divierten luciendo alegres el fruto de su trabajo artesanal. Nadie es profeta en su tiempo.

Fue entonces, a los veinte años, cuando su vida se estremeció. Salía de una adolescencia que había sido bastante equilibrada, exenta de los muchos problemas que rodean a las chicas de esa edad. Eran las dos de la tarde y regresaba a casa de su trabajo como dependienta en una zapatería. Se cruzó con varias personas que la saludaron de un modo extraño, como decepcionadas por no haber podido cambiar a tiempo de acera. El coche estacionado de su padre la puso alerta, pues trabajaba fuera toda la semana hasta su regreso los viernes por la tarde. La casa estaba abierta y dentro había vecinos que humillaban la cabeza. Nadie le decía nada, solo veía caras serias y oía palabras musitadas, pero nadie quería darle la noticia. Su tía Rosa se la llevó y la sentó sobre la cama. Le dijo que su madre se había caído en el patio mientras pintaba los canalones. Una suave brisa cargada de tristeza inflaba el visillo ondulado de su ventana. Lo recorrió y vio a su padre fumando bajo el limonero. Tenía la mirada perdida en la brillante mancha verde oscura sobre la que Elena había caído con un golpe apagado, definitivo, absorbido por el rebotar metálico del cubo. Unos dos metros y medio. Podía haberse roto un brazo o una pierna, pero no, la pobre, decían, ha caído de mala manera. El día del entierro se habían equivocado de nicho, por lo que

dos días después el hombre tuvo que pasar por el trago de ver la caja nacer para, unos metros más allá, volver a ocultarla en la oscuridad desolada de otro silencioso nicho.

Ahora enciende la luz de la habitación, deja la maleta sobre la cama y vuelve a asomarse al patio que un día, en un instante, dejó de ser el paraíso de su infancia. La ventana y la puerta de la cocina emanan una luz que se recuesta junto al limonero. Muchas veces, después de sucedido lo de su madre, se había acercado a los cristales de su cuarto, y aunque su intención hubiera sido la de observar el color del cielo, nunca le dio tiempo a pensar que el día estaba para lluvia o que se avecinaba una tarde intensa de calor. Era retirar el visillo y pensar en su madre, a la que no llegó a ver allí tendida, pero a quien podía imaginar sobre el charco de pintura que su tía Rosa se encargó de borrar con el agua salada de sus sentimientos y una honda y mal disimulada furia. Cualquiera que días después hubiese pasado al patio habría sido incapaz de hallar una sola gota de pintura. Sin embargo, no era así para Andrea, pues en su imaginación la mancha todavía era oscura, amplia, con unos hilos que llegaban al sumidero por el que se deslizaron la vida y los afanes de su madre.

—¿Todo bien?

—¿Eh? Ah, sí, sí, tranquilo —responde Andrea, y sale de la habitación.

Álvaro mira por la ventana. Ajeno a la tragedia parece el limonero, en cuya penumbra verde clara se refugian por las tardes las abejas zapeando entre turgentes frutos amarillos.

Su padre se construyó otra casa a las afueras del pueblo y desde entonces solo viene a esta una o dos veces al mes para abrirla y ventilar los ecos de un pasado irreparable que tardó años en superar. Cuando el accidente, estuvo de baja varios meses y Andrea todavía lo recuerda en el salón con la luz apagada, ocioso en el silencio del anochecer, sin motivación para levantarse a preparar la cena. Después de un tiempo al borde de un precipicio depresivo, Andrea sacó fuerzas animada por su tía y llevó adelante un hogar que se había contagiado de la tristeza de un hombre antaño jovial y fuerte. Ya casada, les habían querido comprar la casa, pero el padre, tras pensarlo unos días, había declinado: «Cuando yo falte, tú

haces con ella lo que quieras». Pero tampoco ella tenía demasiado interés en deshacerse de la vivienda cuando su padre faltara y ni siquiera pensaba en esa posibilidad. Vivía en la capital y no le disgustaba regresar dos o tres veces al año para pasar aquí unos días. El problema es que al llegar tenía que darse una buena paliza limpiando y en esa tarea quemaba varios de los días destinados a descansar. Su padre, en esta ocasión, sabiendo que su embarazo ya había superado el ecuador, había hablado con un matrimonio amigo para que se encargara de adecentar la casa.

No, no la venderemos, se dice ahora, sentada en el patio bajo un farolillo que atrae alados insectos. El cielo está salpicado de estrellas y se protege del relente con una rebeca azul marino cerrada con botones niquelados. Tiene la mano sobre el vientre y entre sus dedos un limón; clava las uñas esmaltadas en el cítrico y al instante se las lleva al olfato y cierra los ojos con delectación. Sí, este es el paraíso de su niñez, y podría ser también el del fruto de su vientre.

*¿Cuándo, mi niño, vas a venir?*

*¡Cuando tu carne huela a jazmín!*

—Es que este pueblo a él no le hace gracia. Ayer, de mañana, llevó el coche al taller del primo Antonio, y cuando lo llamó diciendo que ya estaba listo salió pitando. Yo contenta, vaya, porque también gusta de vez en cuando estar así sola. Aunque bueno, sola sola... Que mira qué barriga voy teniendo ya.

—¿Sabes ya cómo le vais a poner?

—Si es niño, Alberto; y si...

—¿Alberto?, si nosotros no tenemos ningún Alberto.

—Pero a mí me gusta. Alberto si es niño; y si es niña... Si es una niña le pondré Elena.

—Qué ilusión le hubiera hecho.

Rosa fue la segunda madre de Andrea, porque, aunque esta no era ya una niña cuando sucedió el accidente, se sintió desamparada conviviendo con la pena y un padre con el que no acertaba a

comunicarse. Unos meses le duró ese sentimiento de orfandad, hasta que Rosa, que arrastró durante largo tiempo el sentimiento doloroso de la culpa, tuvo el coraje de abrir las ventanas de una casa oscura y descuidada y sin oxígeno.

Años antes, cuando había que hacer faenas en su casa o en la de su hermana Elena, ambas se unían y en compañía trabajaban mejor. Eran todavía unas niñas cuando empezaron a ir juntas a las campañas de recogida de la aceituna, cuyas jornadas pasaban hincadas de rodillas recogiendo los frutos del suelo. Entre las dos sumaban el jornal de un hombre, y siguieron sumándolo cuando ya eran mujeres, cosa que sucedió rápido porque crecieron de pronto endureciendo sus manos, curtiendo expuestos al frío y el sol sus rostros y aprendiendo de las mujeres mayores los secretos de sus vidas campesinas y las experiencias con sus hombres.

A Andrea le gusta escuchar cómo su tía le cuenta la historia del año que llovió sin parar durante dos semanas. Siempre se lo narra como si fuera la primera vez, como si Andrea no conociera ni el principio ni el nudo ni el final de aquel singular acontecimiento que también había escuchado de labios de su madre.

«Me acuerdo de una vez que estuvimos catorce o quince días sin poder salir del cortijo de tanto como llovía. Y luego mientras que el campo se oreó estuvimos casi otra semana sin poder ir a trabajar. Qué manera de llover..., no te puedes calcular la de agua que cayó esos días.»

Y para todos fueron como unas vacaciones porque ya llevaban casi cuarenta jornadas trabajando sin descanso. Vacaciones pero sin dormir mucho, pues cada día se levantaban muy temprano y se preparaban para ir a trabajar, quedando en espera de la orden del patrón. El segundo y el tercer día de agua el hombre apareció, todavía de noche, para decir lo que era evidente: que no se iba a trabajar. Pero al día siguiente, uno de los de más lluvia, aunque no apareció, allí estaban ellos preparados, si bien con la obvia convicción de que nada se podía hacer fuera del cortijo, y con la rebeldía necesaria para decir, llegado el caso, que por mucho que escampase y saliese el sol así no se podría trabajar en varios días.

Y durante todo el día ardía en una gran chimenea un fuego vivísimo, idílico de madera de olivo, y miraban silenciosos y fascinados largo rato por las ventanas o contaban historias y chistes ya sabidos, escuchaban la radio y cantaban al amparo del fuego con la certeza de que en mitad de aquella lluvia nadie llegaría de pronto a importunarles rompiendo la intimidad familiar.

No fueron catorce ni quince los días que duraron las lluvias, sino nueve, nueve días que a Rosa le parecieron algunos más. Al décimo salió un sol milagroso, sin nubes que lo eclipsaran, y los paisajes tenían una nitidez de película restaurada. Recordaba con frecuencia aquellos días y contaba algunas anécdotas entonces ocurridas, y unas veces omitía algunos detalles y otras añadía otros que quizás nunca ocurrieron pero que eran posibles y casaban con la lógica de su sencillo relato sin par.

«Este fue el nicho en el que a primera hora la metieron. Que ya ves, el dueño decía que la dejaran ahí ya tranquilita, que si era por él lo mismo le daba estar llegado el día aquí que allí. Pero tu padre dijo que no, que se sacaba. Siempre bregando juntas y aquel día no estaba yo allí. Si estaba de Dios, igual en un descuido se hubiera caído igual, pero al menos no hubiera estado como estuvo allí en el suelo tanto rato. No se me quita aquella imagen de la cabeza. Entré por la puerta con una fuente de gazpacho y desde la ventana de la cocina la vi...»

«Aquella semana me fui y no le dije ni adiós. Estábamos picados. Era mucho el tiempo que llevaba, una semana tras otra, fuera de casa. Yo pensaba mucho en el dinero, en juntar todo el que pudiera porque sabía que aquello no iba a durar. Pero duró lo suficiente como para llegar a tener algunos ahorros. Y también para dejarme la salud comiendo y durmiendo mal y trabajando de sol a sol. ¿Y para qué? Para nada, para estar sin ella, para levantarme lleno de dolamas, para gastar todo el dinero que gané poniendo ladrillos a destajo en otros ladrillos porque no podía estar entre los de nuestra casa.»

También Andrea ha arrastrado estos últimos años una culpa mínima, íntima y esporádica pero indeleble. Son los sentimientos ocultos, que erosionan el alma con la lentitud de la gota asidua y afilada que deja su impronta en una roca indiferente a la vida completa de un ser humano. No resulta nada

sencillo, piensa Andrea, saber si quienes nos rodean están insatisfechos y lacerados por un motivo idéntico o parecido al nuestro. La pena y el dolor empujan al aislamiento, a una soledad no siempre placentera en cuyas largas horas y jornadas acabamos por aceptar nuestras tragedias, insignificantes para el mundo y sin embargo desmedidas a veces para nuestra asunción individual.

¿Qué seríamos sin memoria?, se pregunta Andrea paseando por el real de la feria de su pueblo, por donde deambula observando el ambiente festivo, la juventud desprevenida que a ella un día se le escapó de entre los dedos como el globo que acaba de salir volando de la mano inocente de un niño. «No pasa nada, no llores», ha dicho alguien que parece su papá y que entendiendo que no sirve ese consuelo verbal ha corrido a comprar otro globo. El vendedor lo agradece y el niño enseguida restituye la ilusión y se olvida de lo que se acaba de marchar. Pero la vida no, la vida no es así. La vida es única y no siempre admite nuevas oportunidades, y no es cierto que todo tenga solución salvo la muerte. No es cierto.

Andrea lo sabe, lo ha asumido y por eso camina con la serenidad que le proporciona el conocer algunos de sus miedos, los atajos metafóricos en los que halla un consuelo rápido y balsámico. Sabe algunas cosas que no sabía a sus veinte años y ha sonreído cuando, al regresar a casa, se ha cruzado con unas chicas que llevan unas blusas que ella misma ha adornado. Y aunque se ha visto reflejada ha pensado que son más valientes de lo que ella fue. Pero luego se ha dicho que no, que ella solo era vergonzosa y huraña, porque también había que ser valiente para dar algunos pasos que ella tuvo que dar.

Ya en casa, se ha sentado en el patio de su infancia y tomando un chocolate caliente ha conseguido evocar escenas de un pasado que la memoria ha desprovisto de sucesos negativos. Queda la dulzura de una época equilibrada en la que nada parecía sobrar ni faltar. Hasta el patio llega la música de la feria, pero suena difuminada y remota y no le impide cerrar los ojos y por unos minutos perder la conciencia, soñar que retira su ondulado visillo.

Su madre y su tía están encalando las paredes, y al verla la apremian para que no llegue tarde a la zapatería.

Imán